

ANTECEDENTES POLITICO-ESTRATEGICO DEL TRATADO
DEL ATLANTICO NORTE

“No se ha perdido todo. Pero se ha
sentido perecer todo.”

PAUL VALÉRY.
(*La Crisis del Espíritu.*)

En marzo de 1948, en su tranquilo retiro de Chartwell, en Westerham, condado de Kent, en el corto prefacio a sus voluminosas «Memorias», de la G. M. II, Sir Winston Churchill escribía: «Me dijo un día el Presidente Roosevelt que estaba pidiendo públicamente sugerencias respecto a como debía denominarse la guerra. Yo repuse sin vacilar: «La Guerra Innecesaria.» Y continúa: «Jamás ha habido guerra más fácil de impedir que ésta que ha hecho naufragar lo que del mundo quedaba a flote después del conflicto anterior. Y tal tragedia humana llega a su cúspide si consideramos que, tras los esfuerzos y sacrificios de cientos de millones de personas, y tras la victoria de la causa justa, aún no hemos hallado paz y seguridad y estamos abocados a peligros todavía mayores que los vencidos.» Yo no sé qué palabra emplearía hoy, en el año 1959, el ilustre estadista británico si tuviera que adjetivar nuevamente la G. M. II. Confieso que, releído hace pocos días, me llevó a consultar el valor de la palabra *innecesaria*; tal era la sensación de no haber entendido que me dejó el párrafo anterior. Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua—y prescindiendo de un significado jurídico anticuado—lo necesario es algo que precisa, forzosa e inevitablemente ha de ser o suceder (contraponiéndose a contingente); lo que se hace y ejecuta obligado de otra cosa (oponiéndose a voluntario y espontáneo) y lo que es menester indispensablemente, o hace falta para un fin (contraponiéndose a *superfluo*). Ninguna de estas causas se daban, pues, en el desencadenamiento de la G. M. II—según nos cuenta uno de los indiscutibles conocedores de sus secretos—, con lo que resultaría que esa tremenda carnicería, que ha destrozado hombres, bienes materiales y espirituales en una escala nunca conocida antes y que nos ha hecho ver, según Valery, «que el abismo de la Historia es suficiente para el mundo

entero», habría sido como una contingencia trágica y superflua, voluntaria y espontáneamente desencadenada por unos hombres enloquecidos o incapaces de manejar justamente las tremendas posibilidades y el inmenso poder que los adelantos técnicos del mundo actual ponían en sus manos.

Pero si nos atrevemos a suponer que hoy, pasados pocos más de diez años desde que aquellas palabras fueron escritas, no bastaría el adjetivo innecesario (aún cargado con su tremendo potencial de responsabilidades), para que su autor enjuiciara el mismo hecho de la G. M. II, es porque vemos ya desplegada ante nuestros ojos toda la dinámica de posibilidades nefastas, todos los peligros «todavía mayores» a que en aquella ocasión se hacía referencia. En efecto, la situación en el momento actual del mundo puede resumirse, como hace el doctor J. R. Oppenheimer en «Foreign Affairs», de la siguiente manera: «Rusia y los Estados Unidos se podrían comparar a dos escorpiones encerrados en un frasco, cada uno capaz de matar al otro, pero sólo a costa de la propia vida.»

Sin referirnos al hecho—importantísimo sin embargo—de la tremenda revolución técnica que ha sido precisa para dejar reducidos a dos el número de grandes potencias y para que la paz inestable existente entre los bloques por ellas encabezados se base en los peligros de destrucción total que son posibles, fijémonos en el tremendo *renversement des alliances* que hace enfrentarse, ya desde antes de acabarse la G. M. II, a las dos más importantes fuerzas que lucharon aliadas en la misma, así como la tensión internacional y el peligro de guerra que de él se derivan.

Al tratar de estudiar cómo ha podido producirse un tan tremendo viraje de la historia quien honestamente trata de buscar una comprensión esclarecedora de la verdad deberá salvar el primer obstáculo, constituido por el problema de la documentación. Problema planteado, no por la falta, sino por el exceso de documentación, pues desde que las nuevas formas de la guerra han hecho de la propaganda un arma militar y política, el mundo se ha visto inundado por una documentación en exceso abundante y no pocas veces tan sobrada en reiteraciones como falta de rigor. Las potencias mundiales disponen de amplios servicios de propaganda que proyectan sobre el mundo visiones parciales, cuando no partidistas, de los hechos. Estas visiones serán mañana materiales con que se construya el edificio de la Historia. Anejo al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, por ejemplo, existe en Moscú el Instituto llamado primero «Marx-Engels-Lenin» y después «Marx-Engels-Lenin-Stalin» (no sabemos si con-

serva hoy la misma o ha variado su denominación), con su «Editorial de Literatura Política». Piénsese lo que esto supone sabiendo que, según criterio reiteradamente expresado por Stalin, una mentira repetida muchas veces equivale a una verdad. Pero, además de los problemas derivados del relativo rigor, o sea de la *calidad*, existen los derivados de un exceso, o sea de la *cantidad* de documentación existente, que nos conducen, por sí mismos, a la necesidad de un cribado previo, al objeto de evitar que los árboles impidan la visión del bosque.

Si reducimos estos elementos a la esquemática sucesión de los hechos, obtendremos, en esa cronología histórica, algo así como la columna medular de la historia de estos tiempos y, con ella, una primera comprobación importante, la de que, aparte la estela documental que los hechos hayan ido dejando—la que planteaba, según acabamos de ver, problemas derivados de su calidad y de su cantidad—, también el número de hechos, en sí mismos, es extraordinariamente importante. Pocas veces el paso del hombre sobre la tierra ha sido tan rico en una febril actividad, derivada de la inestabilidad de las soluciones de partida, de los peligros entrañados en el cambio de los «status» existentes y en la inseguridad del futuro previsible. Signos todos de una profunda crisis.

Pero así como el esqueleto humano no es el cuerpo humano, tampoco la cronología histórica es la historia, si bien ésta deba sustentarse en ella, como también el cuerpo en el armazón óseo del esqueleto. Así, pues, será necesario, no sólo exponer la relación de hechos que nos conducen desde los finales de la G. M. II hasta nuestros días, tal vez precursores de la G. M. III, sino también penetrar en el profundo significado que algunos de ellos entrañan, ya que ni su número nos permite hacerlo con todos ni tampoco todos vienen cargados con la misma significación.

Partiremos de la reunión de los dirigentes aliados en Yalta, en febrero de 1945. Basta seguir el índice de asuntos expuestos en el comunicado oficial de 11 de febrero de 1945 (I. La derrota de Alemania.—II. La ocupación y el control de Alemania.—III. Reparación por Alemania.—IV. Conferencia de las Naciones Unidas.—V. Declaración sobre la Europa liberada.—VI. Polonia.—VII. Yugoslavia. VIII. Reuniones de los ministros de Negocios Extranjeros.—IX. Unidad tanto en la guerra como en la paz) para obtener también un índice del desacuerdo entre ellos, pues ya en esta época los aliados estaban en desacuerdo en todo, incluso en la parte más inmediata de la llamada lírica a la unidad, contenida en el punto IX y final

de su declaración, ya que—como se sabe—hasta para determinar el momento y el punto de aplicación de la ofensiva en el segundo frente era profundo el desacuerdo entre ellos. Las discusiones en relación con el futuro gobierno de Polonia dieron lugar a una situación tan tensa que estuvo a punto de hacer fracasar la Conferencia. El presidente Roosevelt, actuando de mediador entre el primer ministro Churchill y el mariscal Stalin, escribía a éste último una carta de cuyo contenido—«totalmente secreto»—forman parte las siguientes palabras: «Debe usted creerme cuando le digo que nuestro pueblo, en el interior del país, observa con mirada crítica lo que él, en esta etapa decisiva de la guerra, considera como una desavenencia entre nosotros. En efecto, piensa que si no podemos conseguir ponernos de acuerdo ahora, cuando nuestras tropas convergen sobre el enemigo común, menos podremos llegar a un entendimiento en el futuro sobre cuestiones aún más importantes.»

Con independencia de cuanto puedan contener las anteriores palabras de sincera preocupación personal ante la tremenda responsabilidad histórica del momento, no parece prudente descartar de ellas preocupaciones muy justificadas de índole electoral interna, preocupaciones que fueron siempre un punto débil—como un talón de Aquiles—de los dirigentes anglosajones en sus negociaciones con Stalin. Según Jean Ferran («París-Match», número 313, 26-III a 2-IV de 1955), fueron también incidencias de la campaña electoral norteamericana del año 1956 las que llevaron al partido republicano a permitir la «fuga» («leak») en favor del *New York Times* y la subsiguiente publicación por el Departamento de Estado de las notas tomadas por tres miembros de la delegación americana (Bolhem, Matthews y Alger Hiss) en la Conferencia de Yalta. Esta publicación, que inició una especie de «proceso Roosevelt» en la opinión pública norteamericana y aun mundial, nos hace ver un Roosevelt casi moribundo, tremendamente fatigado («estoy demasiado fatigado para luchar», contesta en una ocasión al almirante Leahy) y obsesivamente preocupado por obtener a toda prisa y a cualquier precio los dos objetivos que él se había propuesto en la Conferencia: acabar la guerra con el Japón, con la ayuda de Rusia, y asegurar la presencia rusa en una Organización internacional de Estados—O. N. U.—a semejanza de la S. de N. de su predecesor Wilson. El primer objetivo es comprado al precio altísimo de ofrecer a Stalin en Asia todo lo que en ese espacio geográfico había perdido cuarenta años antes la Rusia de los Zares: Puerto-Arturo, Sakhhaline, las Kuriles, Dairen

y Mongolia exterior. El segundo objetivo no se paga menos caro: tres votos soviéticos en la futura O. N. U.—Bielorusia, Ucrania y Rusia—y la aceptación del derecho del veto, cuya reiterada práctica por la U. R. S. S. fué uno de los motivos que impulsaron a los EE. UU. a buscar nuevas estructuras de seguridad colectiva, entre ellas el Pacto Atlántico.

En un reciente artículo, insuperable, Pemán, tras contarnos con una profunda penetración sociológica, sazónada con abundante gracia, las incidencias de un partido de fútbol en una ciudad de provincias llega a la conclusión de que el espectáculo «no es apto para menores». Pues bien, donde «los Documentos de Yalta» (una importante selección de los mismos, traducidos al castellano, ha sido publicado en 1956, bajo el título indicado, por el Instituto de Estudios Políticos), se nos convierten en algo realmente «no apto» al referirnos la entrevista preliminar privada, celebrada el 4 de febrero de 1945 en el Palacio de Livodia, entre Roosevelt y Stalin. Sentimos que la distribución de este trabajo, en el marco de tiempo que para él ha sido fijado, no permita detenernos algo en ella y nos reducimos a llamar la atención sobre el solo hecho de su existencia. Era precisa, en efecto, una conciencia muy clara por parte de los Estados Unidos y de Rusia de ser los dos únicos supervivientes posibles de la G. M. II para que una tal entrevista previa pudiera tener lugar.

Y aquí es donde vemos que, por lo menos juzgada desde Europa y con mentalidad europea—en definitiva fué Europa y fueron europeos quienes tuvieron el triste privilegio de desencadenarla—la G. M. II no sólo fué innecesaria, sino profundamente contraproducente, pues condujo a resultados totalmente opuestos a los que la motivaron. Con independencia de su pretexto formal, la integridad de Polonia, y la «solución» dada a este problema, vemos, ya antes de acabarse el conflicto, deshacerse el frágil pacto existente entre los aliados, consumarse la división del mundo en dos inmensos bloques antagónicos y surgir la necesidad por parte de los anglosajones de rehacer económica y militarmente antiguos enemigos para, al transformarlos en futuros aliados, crear el *espacio* necesario para proporcionar el *tiempo* preciso para reaccionar ante cualquier posible ataque del futuro enemigo de un mañana próximo; precisamente el amigo de un ayer inmediato. En un libro, creo que más interesante que difundido (—«La falsa paz».—Barcelona, Montaner y Simón, 1949), Estelrich decía, a propósito de la G. M. I: «Las consecuencias de la contienda fueron en muchos aspectos esenciales, totalmente imprevistas; por ejemplo: luchaban por el

predominio mundial los dos grupos de potencias burguesas, y salió triunfante el bolchevismo. Este fué el gran resultado». En otra ocasión («La guerra moderna»—Universidad de Zaragoza, Cátedra «General Palafox»), insistimos en destacar el hecho de que, vistas desde el ángulo de la técnica militar, las dos grandes guerras mundiales G. M. I y G. M. II pertenecían a un mismo ciclo, que llamaba «napoleónico», de la guerra; mientras que, a finales de la G. M. II y en su inmediata postguerra empezaron a darse las condiciones técnicas necesarias (especialmente de la conjunción de los adelantos científicos en los campos de la electrónica y de los explosivos nucleares) para una auténtica revolución bélica y el principio de una nueva era de la Historia, como la que la aguda percepción de Goethe había claramente vislumbrado en la «Canonnade de Valmy», protagonizada por los «sans-culotte» de la Revolución Francesa.

Pues bien, si nos colocamos en el ángulo político-social (con su inevitable apoyo en lo económico) llegamos también a la misma conclusión: las dos guerras G. M. I y G. M. II son parte de un proceso histórico único, que hace crisis al finalizar la segunda. Este proceso histórico podría llamarse: «el Suicidio de Europa».

Según Clough (S. B. Clough—«Grandeur et décadence des civilisations»—Ed. Payot—París, 1954): «En 1913 la producción mundial de manufacturados se repartía de la manera siguiente:

41,9 por 100 para el grupo Inglaterra-Alemania—35,8 por 100 EE. UU. y 5,5 por 100 Rusia, Francia, Bélgica e Italia.

En el período 1936-1938, los porcentajes eran:

29,7 por 100 para el grupo Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica e Italia; 32,2 por 100 EE. UU. y 18,5 por 100 Rusia, más 3,5 por 100 por el Japón.

El grupo formado por el Reino Unido-Alemania y Francia representaba el 43 por 100 del comercio mundial en 1890; el 36 por 100 en 1913 y el 26,9 por 100 en 1938. Estas ligeras indicaciones estadísticas bastan para mostrar que la tendencia general del desarrollo industrial debía buscarse fuera de la Europa Occidental».

Ahora bien, la civilización occidental, producto de la Europa occidental y que ésta había extendido por el mundo en un proceso de desarrollo y de poder que no tenía precedentes en la historia, era consustancial con ese desarrollo industrial. Fué precisamente la primera revolución industrial

la que proporcionó a Europa las armas y los útiles con que poner a su servicio extensas zonas del globo, lo que permitió la creación de vastos y ricos imperios coloniales, sacudiendo de su modorra de siglos a viejas civilizaciones extraeuropeas y la que permitió (en parte, a costa de ese trabajo extraeuropeo) a sectores inmensos de población de Europa un tipo de vida muy superior al del resto del mundo. Esta grande transformación, producto de la nueva técnica industrial en lo económico y de la nueva forma democrática de gobierno en lo político, encontró su molde institucional en los grandes Estados europeos, primero, y en las construcciones imperiales, que bajo su mandato se formaron, después. Pero las condiciones de desarrollo económico que se habían iniciado llevaban en sí mismas un *factor de aceleración*. Necesitaban proyectarse sobre espacios sin cesar crecientes para rendir el máximo de sus posibilidades y debían interesar pronto a la totalidad del globo. Habría sido preciso que los Estados europeos dispusieran de todas sus energías si querían seguir dirigiendo este proceso mundial de crecimiento.

Y fué en este preciso momento cuando el peso de tradiciones locales, profundamente arraigadas, impidió que estos Estados tuvieran una visión global de la situación histórica, limitándolos a visiones puramente regionales y dando cauce a viejas tensiones de poder a través de la inmensa sangría de dos guerras que, aunque llamadas justamente mundiales por la extensión mundial que sus implicaciones llegaron a tomar, fueron en su inicio y en sus desastrosas consecuencias auténticas guerras civiles europeas. Madariaga, en un libro titulado «Bosquejo de Europa» (Ed. Hermes, México, 1951), hace un amplio uso de esa imagen vegetal con que inicia su título para explicar el contrapunto entre unidad y variedad—característico de Europa—y la serie de tensiones que en él se originan. «En la veintena de «vasos» o «cántaras»—dice—que constituyen las diferentes regiones naturales de Europa se han ido vertiendo en diferentes épocas y en diversas dosis ondas sucesivas de tipos primarios; y mediante la intervención creadora del hombre y del ambiente se han ido formando hasta dos docenas de pueblos que son las verdaderas realidades de Europa.»

Es del desarrollo de estas familias en sus espacios geográficos naturales, de sus contactos económicos y culturales, del choque de sus líneas de expansión, en suma, de todos los problemas derivados de sus recíprocas interacciones de los que se originan entre ellos, a la vez que tipos de vida semejantes entre sí y distintos a los de otras grandes agrupaciones hu-

manas, unas tensiones internas resueltas frecuentemente por las armas. Mientras las condiciones técnico-económicas de la humanidad reducían las consecuencias de estos conflictos a pequeños reajustes locales, la especial matización de aptitudes del europeo en el intelecto y en la voluntad seguían asegurando a él y a la civilización tecnológica por él iniciado (con la primera revolución industrial) el predominio del mundo. Pero, si seguimos a Toynbee (Arnols J. Toynbee—«La civilización puesta a prueba» —Ed. Emecé, Buenos Aires, 1952): «Esta posición, con todo, aun siendo brillante, no sólo era sin precedentes y reciente; era, también, insegura. Era insegura, sobre todo, porque, a medida que la expansión europea se iba aproximando a su culminación, los basamentos de la civilización europea occidental se habían quebrado, y se habían abierto las grandes simas, por la liberación y la emergencia de dos fuerzas elementales de la vida social europea: las fuerzas del industrialismo y de la democracia, que fueron llevadas a un equilibrio meramente temporal e inestable mediante la fórmula del nacionalismo.» Es evidente que Europa sometida a la doble y terrible tensión de esa transformación interna, esa expansión exterior—ambas en escala heroica—no podría dilapidar impunemente sus recursos... Europa no podía permitirse ni siquiera una sola guerra mundial; y cuando hacemos el balance de su posición en el mundo después de una segunda guerra mundial, y lo comparamos con su posición antes de 1914, el contraste no puede sino producir vértigo... «En vez de ser un centro que irradie energía e iniciativas hacia el exterior, Europa se ha convertido en un centro sobre el que convergen la energía y las iniciativas no europeas. En vez de ser el mundo teatro para las actividades y rivalidades europeas, la propia Europa—después de haber sido el refugio de dos guerras mundiales en las que el mundo guerreó en suelo europeo—corre hoy el peligro de transformarse, por tercera vez, en liza de conflictos entre fuerzas no-europeas.»

Estas dos fuerzas, la U. R. S. S. y los EE. UU., han empleado en su constitución, entre otros materiales, dosis fuertes de elementos característicamente europeos. La expansión mundial europea tuvo la virtud de provocar en agrupaciones humanas extraeuropeas el despertar a una conciencia de poder político-económico-militar, no sólo en los dos grandes espacios referidos, sino también en el Extremo y Medio Oriente, en Indonesia, en Africa, ... y, en general, en mayor o menor medida, en todas las zonas de su expansión. Considerando el problema desde un ángulo predominantemen-

te económico, Clough (op. cit.), recuerda acertadamente que: «Esta difusión de la tecnología occidental en los países insuficientemente desarrollados ha tenido por resultado despertar en ellos la idea de que era necesario poseer una industria para poder desarrollarse y estar dispuestos a poder afrontar una guerra. Y, lo que puede ser aún más importante, se ha extendido por el mundo una creencia, una ideología de que era necesario mejorar el bienestar material de los hombres. El mundo entero se ha mecanizado y, en una cierta medida, «occidentalizado» y la civilización occidental ha jugado en este proceso un papel importante. Cualesquiera que hayan podido ser las virtudes de una tal política, esta política ha tenido por efecto disminuir la superioridad económica de Europa Occidental vis a vis de otros países y desplazar el centro de gravedad económica del mundo hacia la parte Norte del hemisferio occidental.»

Pero el problema no es sólo económico, sino también espiritual. En su ensayo sobre «El mundo y Occidente» el profesor Toynbee, generalizando la experiencia de la civilización grecorromana, hizo notar los efectos del *impacto* de la civilización occidental al sacudir de su siesta de siglos a viejas civilizaciones, antes aisladas en los espacios geográficos que les son propios y, también, como toda incitación occidental es devuelta por Oriente sobre el propio Occidente, en un viaje de vuelta parecido al de un *boomerang*, mostrando cómo la reacción de vuelta de ese estímulo inicial viene cambiada de sentido, o, por mejor decir, en otro plano. Los ataques del mundo grecorromano se producen en el terreno militar, político y económico. Los contraataques de Oriente en un sentido espiritual-religioso.

Esto permite esclarecernos la comprensión de la tensión presente entre Occidente y el Oriente canalizado, hasta ahora (dejemos abierto un inmenso interrogante sobre el futuro en la China del *comunismo integral* de Mao-Tse-Tung) por la U. R. S. S. A los ataques de Occidente a Rusia—polacos en 1610, franceses en 1812, alemanes en 1941—la U. R. S. S. responde, no solamente aplicando a su desarrollo industrial toda la técnica asimilada de Occidente (Alemania y los EE. UU., especialmente), sino también haciendo suyo un credo nacido en Occidente, en mentes occidentales, cargándolo con toda la tremenda capacidad espiritual de Oriente y devolviéndolo, rebotado sobre el Occidente originario. «Con este arma espiritual en sus manos Rusia llevaría la guerra a Occidente, dentro del país enemigo, sobre el plano espiritual. Puesto que el comunismo se originó como producto de inquietas

conciencias occidentales, atraería otras conciencias occidentales cuando fuera irradiado sobre el mundo occidental por la propaganda rusa. Y así, ahora, por primera vez en la historia moderna del mundo occidental desde el fin del siglo XVIII, cuando la corriente de conversiones del Islam casi cesó, el Occidente se ha encontrado a la vez amenazado con la desintegración espiritual desde dentro y con un asalto desde fuera. Y así, amenazando con socavar los cimientos de la civilización occidental en su propio terreno, el comunismo ha probado ser un arma antioccidental más efectiva que cualquier arma material puede serlo» (Toynbee, «El mundo y Occidente»).

He aquí, pues, en el comunismo internacional, con su credo expansionista de la «dictadura mundial del proletariado» de Lenin y su «técnica del golpe de Estado» de Trotzky, la más importante consecuencia de dimensión mundial de esa primera gran guerra civil general de Europa, por otro lado conocida bajo el nombre de G. M. I. Y he aquí, también, la continuidad de sentido histórico existente entre la G. M. I y la G. M. II: la Revolución Mundial. Spengler habla ya en su «Decadencia de Occidente» de la doble revolución mundial: la revolución mundial blanca y la revolución mundial de color, recordando cómo las potencias blancas de Europa llamaron en su auxilio en 1914 a tropas extraeuropeas de color y las consecuencias históricas de tal medida. Por su parte, Hallett Carr (Edward Hallett Carr, «Condiciones de Paz», Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1943), después de recordar que, según Halévy (E. Halévy, «The World Crisis», 1914-1918), «todas las grandes convulsiones que han tenido lugar en la historia del mundo y en particular en la de la Europa moderna han sido, al mismo tiempo, guerras y revoluciones», establece la distinción entre guerras limitadas o locales—como la franco-prusiana, por ejemplo—y guerras totales y universales. Las primeras, carentes de sentido revolucionario, contrastan con las erupciones generales «como las guerras napoleónicas o la guerra contemporánea cuyo primer estallido tuvo lugar en 1914 y el segundo en 1939. Las guerras de este último tipo resquebrajan y destruyen la estructura semipodrida de un antiguo orden social y político y echan los cimientos de otro nuevo. Gérmenes nuevos ocultos debajo de la superficie maduran rápidamente en el invernáculo de la guerra».

¿Fue esto visto a su debido tiempo? Parece que sólo en forma parcial y minimizada. En dos grupos pueden dividirse las potencias mundiales después de la G. M. I. El grupo de las *potencias satisfechas* vencedoras y el de las potencias *insatisfechas*, entre las que cabe mencionar las que en el grupo

de las vencidas quedaban todavía con posibilidades de rehacer un potencial y, en el fondo, con la idea de revancha o al menos revisión del Tratado de Paz, y a Italia—aunque perteneciente a los vencedores—descontenta también con el usufructo de los resultados de la Victoria. Es indudable que este grupo tuvo una mayor comprensión del sentido y del alcance de la revolución mundial. Los fascismos de Italia y Alemania parecen ser una reacción a semejante situación revolucionaria. Así Hallett Carr en su libro dedica un capítulo entero a establecer el paralelo entre Hitler y Napoleón. «La revolución de Hitler con la revolución bolchevique es una réplica en muchos aspectos a la relación que guarda Napoleón con la Revolución Francesa—dice—. Napoleón, que echó por tierra a dinastías, que abolió el Santo Imperio Romano y barrió las modalidades milenarias del sistema feudal, llevó las ideas de la Revolución Francesa por toda Europa. Hitler ha consumado el trabajo que Marx y Lenin comenzaron; esto es, el de echar abajo el sistema capitalista.» Pero no basta querer implantar un *nuevo orden*. Importa el cómo hacerlo y en este aspecto la propia dinámica de los fascismos debía llevarles al fracaso. Estelrich (op. cit.) traza sobriamente su historia: «Los fascismos, que con motivos variados se produjeron en el período entre ambas guerras—dice—, no eran más que el intento de un «*tercium quid*» entre ambos bloques. Pero maniobraron de una manera catastrófica para sí mismos y para el mundo neutro. Podían haberse entendido con Rusia contra los anglosajones o con éstos contra los Soviets. Lo carnoso significaba esto último. El pacto germano-soviético de 1940 aseguraba lo primero. A la postre se liaron con unos y otros. Forzosamente debían ser aplastados. Ya no existen: pasaron fugazmente. Y ahora, ya con perfecta nitidez, quedan solos en la arena (en la barrera las «ententes cordiales») los dos protagonistas: Rusia y Norteamérica.»

Del lado de las *potencias satisfechas*, en cambio, no parece haber existido toda la comprensión necesaria del valor de la revolución mundial. Por decirlo de alguna manera, ocurrió que, como quien cambia su abrigo en el ropero, se confundieron de revolución, aplicando a la situación 1914-18 el abrigo estrecho de la Revolución Francesa y no el de su propia y contemporánea revolución bolchevique «... las ideas dirigentes de la civilización occidental durante todo el siglo XIX. Ya no eran (por lo tanto) adecuados a la nueva crisis revolucionaria, cuyo primer síntoma fué la guerra que empezó en 1914 y de la cual jamás se hizo diagnóstico alguno. Woodrow Wilson y los entusiastas de la democracia liberal y de la liberación nacio-

nal no hacían sino repetir los *slogans* de una época ya pasada. Esto explica la curiosa paradoja que la mayoría de los idealistas del mundo de habla inglesa en los últimos veinte años han sido, en el verdadero sentido de la palabra, reaccionarios. Se han dejado arrastrar por la última convulsión de una revolución mundial que comenzó hace ciento cincuenta años y se opusieron a la revolución del Mundo Nuevo que rompió por primera vez la costra del orden existente con la revolución bolchevique de 1917. La esterilidad del Tratado de Paz de 1919 se debió a que sus sus autores no alcanzaron a comprender la revolución contemporánea» (Hallett Carr, op. cit.)

Pero algo muy importante desde el punto de vista estratégico surgió también del Tratado de Paz de Versalles. «Nuestro fin generalmente aceptado por todos en 1914—dice N. H. Pieldhouse en *Fornightly*, junio 1940—era el de quebrar el militarismo alemán. Al comenzar el conflicto no teníamos intención de quebrar el imperio otomano y el de los Habsburgo, crear Checoslovaquia o resucitar Polonia, hacer una revolución rusa... todas esas cosas—y otras más—fueron consecuencias de la guerra. Empero la única que nos habíamos prometido, la destrucción del militarismo alemán, no logramos realizarla.»

No parece necesario insistir lo más mínimo sobre la importancia estratégica del inmenso portalón que la destrucción de una construcción supranacional, de la entidad del Imperio Austro-Húngaro, abría a cualquier invasión procedente del Este, máxime si dicha posible invasión en vez de estar lastrada por el peso a retaguardia de otra superestructura como el Imperio otomano—importante pese a todas sus internas debilidades—podía disponer de observatorios y aeródromos avanzados como Checoslovaquia, Albania... Basta mirar un mapa para que cualquier comentario más sea tan innecesario que la sola pretensión de formularlo pudiera parecer ofensiva.

La Alemania nazi se dispuso a ocupar militarmente el vacío dejado por la desaparición de la gran estructura imperial de los Habsburgo y, al reanudar el camino por la vía de una clásica línea de expansión germánica—el *Drag nach Osten*—, se tropezó con la U. R. S. S. Al período de entendimiento con los soviets, coronado por el Tratado de Rapallo, siguió la gran ofensiva germánica de las *Panzerdivisionen* y los *Stukas*. Hitler decidió buscar en el Este el *lebensraum*, el espacio vital para el pueblo germánico. Fué entonces cuando la U. R. S. S. dió una prueba de madurez que debió ser cuidadosamente anotada por los gobernantes de todo el mundo. Stalin, con el recurso a la dureza inflexible de las medidas de guerra, aliadas, a la

vez, a los ideales de la revolución comunista de la Rusia Soviética y a los recursos de las glorias tradicionales de la Rusia eterna, consiguió evitar el derrumbamiento interno y aun oponer una serie de resistencias militares y «partisanas» al avance alemán, acabando, finalmente, por detener la expansión de las armas de Hitler. Después, poderosamente ayudado por sus nuevos aliados occidentales, especialmente por los EE. UU.—«arsenal de las democracias»—emprendió una serie de victorias ofensivas.

Es en este momento, previsible ya el próximo fin de Alemania, cuando vemos a Stalin, hecho mariscal de la U. R. S. S., acudir a la Conferencia de Yalta. Antes de dicha conferencia la actividad política fué tan intensa como la militar. Las fechas más importantes de la misma a lo largo de los años 1943 y 1944, marcan la posibilidad de establecer una importante diferenciación entre ambos. Durante el primero pesan más las consideraciones derivadas de la situación militar y la necesidad de un esfuerzo coordinado contra el enemigo común, todavía poderoso. Debilitado éste gradualmente, en la misma forma gradual se van abriendo las fisuras en el bloque de los aliados a lo largo del año 1944. La escueta cronología de los hechos es, por sí misma, suficientemente esclarecedora:

- Mayo de 1943: Disolución de la II Internacional (Komintern).
- Agosto de 1943: La U. R. S. S. reconoce al Frente de Liberación Nacional francés del general De Gaulle.
- Agosto de 1943: Tiene lugar la *Conferencia de Quebec* de jefes de Gobierno con ausencia de Rusia, que fija su especial atención en la guerra en el Pacífico.
- Septiembre de 1943: Caída de Italia.
- Octubre de 1943: *Conferencia de Moscú* de ministros de Asuntos Exteriores.
- Noviembre de 1943: *Conferencia de Teherán* de jefes de Gobierno.

Esta conferencia marca seguramente el punto de máximo acuerdo entre los anglosajones y Rusia. El texto de la declaración de los *Tres Grandes*, relativo a la misma, termina con las siguientes optimistas palabras: «Vimmos con esperanza y determinación. Nos vamos, amigos, de hecho, de espíritu y de propósito.» El propio texto dice, también: «Deseamos la cooperación y la activa participación de todas las naciones, pequeñas o grandes, cuyos pueblos de corazón y pensamiento estén dedicados, como nuestros propios pueblos, a la eliminación de la tiranía y la esclavitud, la

opresión y la intolerancia. Daremos la bienvenida a los que elijan entrar en la familia mundial de las naciones democráticas.»

Parace ser que la U. R. S. S. aplicó con especial calor la anterior resolución, y, celosa de los nuevos miembros de la familia, desplegó una especial actividad para retenerlos cerca de su propio regazo. Ya en diciembre de 1943 firmó un tratado de amistad y asistencia mutua con Checoslovaquia, en ocasión de la visita del presidente, doctor Eduardo Benes, a la U. R. S. S. En dicho acuerdo quedaba prevista entre ambas partes contratantes la posibilidad de acogida al mismo de cualquier tercera parte fronteriza con la U. R. S. S. o con Checoslovaquia que hubiese sido objeto de agresión alemana durante la G. M. II. Ignoro por qué no se la nombraba ya directamente por su nombre, que es Polonia.

Durante el año 1944 se pusieron en práctica contra Alemania las resoluciones tomadas en la Conferencia de Teherán y la *Wehrmacht* hitleriana recibió los ataques concentrados de las fuerzas aliadas procedentes del Este, del Oeste y del Sur. Fué un año de importantes ofensivas soviéticas en el Frente Oriental. Fué, en consecuencia, un año de mucho más difícil acuerdo entre los aliados.

En julio se celebró la Conferencia de *Bretton Woods*, con la participación de cuarenta y cuatro naciones, en la que fué decidida la Institución de un *Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo* y un Fondo Monetario Intrnacional. La fijación de la participación de cada país a dicho fondo originó tales dificultades que estuvieron a punto de hacer fracasar la Conferencia.

En agosto tuvo lugar la Conferencia de *Dumbarton Oaks*, en la que fué propuesto el establecimiento de una organización internacional bajo el nombre de *Naciones Unidas*. Según Yakhontoff (Victor A. Yakhontoff, «U. R. S. S. Foreign Policy», Ed. Coward-McCann, Inc. New York), «hubo acuerdo sobre un 90 por 100 de los asuntos tratados»; pero, desgraciadamente, en el 10 por 100 que contabiliza el desacuerdo estaban las cuestiones capitales. Entre ellas, el derecho de veto, exigido por la U. R. S. S.

Por la época de la Conferencia de *Dumbarton Oaks*, el Ejército Rojo había completado la ocupación de Rumania y a medida del avance soviético en el frente oriental otros países iban, sucesivamente, cayendo en manos de la U. R. S. S. El 12 de septiembre, Rumania firmó el Armisticio con la U. R. S. S. Escasamente una semana después, el 19 de septiembre, Finlandia. Por el mismo tiempo cayó Bulgaria y después Hungría y Yugos-

lavia. Por estas épocas los aliados anglosajones combatían en dos frentes profundamente distanciados—Europa y el Pacífico—y mientras existía una organización de coordinación de las operaciones angloamericanas, no existía una semejante posibilidad de coordinar con ellas las que en el frente oriental realizaba el aliado soviético.

En estas condiciones empezó la *Conferencia de Yalta*. En el momento de sentarse a la mesa de la discusión, el activo de la operación G. M. II, para el mariscal Stalin era el siguiente:

a) En el año 1940, anexión de:

Finlandia (Carelia finlandesa), con	500.000 h. y 45.600 Km ²
Estonia, con	1.120.000 h. y 47.700 Km ²
Letonia, con	1.950.000 h. y 64.700 Km ²
Lituania, con	2.880.000 h. y 59.600 Km ²

b) En el año 1945, anexión de:

Alemania (Prusia Oriental), con	350.000 h. y 13.500 Km ²
Polonia Oriental, con	12.000.000 h. y 181.300 Km ²
Checoslovaquia (Rutenia), con	725.000 h. y 12.700 Km ²
Rumania (Besarabia y Bucconia del Norte), con	

Total, más de 23 millones de habitantes y cerca de 500.000 Km² de extensión superficial.

Hemos visto también a qué elevado precio compró Roosevelt la participación rusa en el esfuerzo final de guerra con el Japón—que el empleo de la bomba atómica por parte de los EE. UU. hacía tanto más innecesario—y en la organización de las Naciones Unidas, en las que la concesión del derecho del veto iba a sentar la base de su perfecta inutilidad futura. Finalmente, del *vacío* producido por la derrota, de Alemania primero y del Japón después, debía deducirse fatalmente un efecto de su acción, única fuerza real e importante situada en forma equidistante en ambos espacios. La presión popular en los países democráticos inmediatamente después de la caída de Alemania y su posible repercusión en las luchas electorales internas, llevó a los gobernantes de dichos países a imprimir una extraordinaria celeridad a las operaciones de desmovilización. Los dirigentes de la U. R. S. S. no dieron muestra alguna de la misma prisa. Así, mientras que el montante de las fuerzas aliadas en Europa, en el momento de la capitulación alemana, era de alrededor de los cinco millones de hombres, los

mismos efectivos, un año más tarde, después de la desmovilización, eran sólo de 880.000 hombres.

	1945	1946
EE. UU.	3.100.000 hombres	391.000 hombres
Reino Unido	1.321.000 "	488.000 "
Canadá	299.000 "	— "

La Unión Soviética, por el contrario, no sólo mantuvo en pie de guerra sus fuerzas armadas—cuyos efectivos eran de más de cuatro millones de hombres, en el año 1945—, sino que continuó también manteniendo un trabajo a pleno rendimiento en sus industrias de guerra. Se comprende, pues, que estuviera en condiciones de acudir a rellenar rápidamente el vacío producido por la derrota de las potencias del Eje. Así, no sólo en Europa, sino también en Asia, en Indochina, en Malasia, en Birmania, en las Filipinas y en el Norte del Irán, principalmente, y en muchos otros lugares en forma secundaria, se empezó a notar la actividad soviética, bien por amenaza de fuerza, bien por presión diplomática o por acción corrosiva interna a través de los partidos comunistas y afines.

La estrategia norteamericana empezó a reaccionar buscando la constitución de nuevos armazones de seguridad colectiva en las agrupaciones regionales al amparo de los artículos 51 y 52 de la Carta de las Naciones Unidas. En el Oriente se constituyó primero el *A. N. Z. U. S.*, que agrupaba a Australia, Nueva Zelanda y los EE. UU., de la que surgió después la *S. E. A. T. O.* («South East Asia Treaty Organization») como armazón de seguridad colectiva regional en el Oriente.

Por lo que respecta a Europa, la técnica soviética de la «conquista sin guerra» produjo los siguientes resultados:

- En Hungría, dominio comunista y decreto colocando fuera de la ley a los partidos de oposición, en 21 de noviembre de 1947.
- En Hungría, desde el 22 de noviembre de 1947, se estableció la organización administrativa del país según el modelo comunista.
- En Rumania, después de unas elecciones «dirigidas», cuya validez no fué reconocida por los anglosajones, predominio comunista y expulsión del Rey Miguel en 1 de enero de 1948.
- En Checoslovaquia, ingerencia creciente soviética, el conocido «Golpe de Praga» e institución de un gobierno comunista, el 25 de febrero de 1948.

Para completar el cuadro de las actividades soviéticas debemos añadir la presión ejercida sobre Turquía para la concesión de bases en los estrechos y reivindicaciones sobre los territorios de Kars y Ardahan. En Grecia, la lucha de guerrillas—empezaba ya en el año 1944—se convirtió en una auténtica guerra civil en 1946, al recibir los rebeldes refuerzos desde bases situadas en los países comunistas vecinos. Finalmente, en septiembre del año 1947, fué creado el «Kominform», que agrupaba a un cierto número de países comunistas europeos «para organizar el intercambio de informaciones entre los partidos comunistas miembros y preparar el advenimiento del comunismo en Europa».

Esta sucesión de hechos debía provocar finalmente una reacción en Europa y América, la que conduciría, en definitiva, al establecimiento de un pacto y una organización con la denominación de O. T. A. N. (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Según el general Gruenther, el concepto estratégico de la O. T. A. N. es el de «la espada y el escudo». La «espada» está representada por la potencia de represalia inmediata, constituida especialmente por el «VS Strategic Air Command» (S. A. C.) y el «British Bomber Command». El «escudo», representado por las fuerzas terrestres, navales y aéreas, dotadas de armas atómicas encargadas de contener al enemigo lo más al Este posible. La concesión es sencilla y, por tanto, puede ser eficaz. Pero nuestro objeto es sólo hacer la historia de cómo se ha llegado a ella. En una publicación de la oficina de información de la O. T. A. N. («Documentation sur l'Otan», Palacio Chaillot, París), ejemplo de información documental, se dice que «para comprender la razón de ser de la O. T. A. N. y comprender las circunstancias que originaron la firma del Tratado del Atlántico Norte es preciso empezar al día siguiente de la G. M. II y echar una ojeada rápida sobre los sucesos que se desarrollaron después de la firma del Armisticio». Convencido de las profundas raíces que enlazan entre sí a las G. M. II y G. M. III y ambas, con la Revolución del Mundo Moderno, he insistido más en las causas profundas y remotas que en las circunstancias externas e inmediatas, las que hemos seguido, sin embargo, hasta ver cómo el vacío aliado, después de la derrota del Eje, y la técnica de «guerra sin conquista», habían producido a la U. R. S. S. más de 92 millones de habitantes y más de 1.000.000 de Km² de extensión (Albania-Bulgaria-Checoslovaquia-Alemania Oriental-Ungria-Polonia-Rumania) en suelo europeo.

La Unión Soviética encabeza, pues, y dirige un bloque que puede echar

sobre la balanza de Europa (no hablamos aquí de las ramificaciones extra-europeas) el peso de 326.624.000 de seres y 23.763.206 Km² de terreno.

	<u>Población</u>	<u>Superficie</u>
U. R. S. S.	211.500.000	22.270.000
Países asociados	23.025.000	475.300
Países controlados	92.099.000	1.017.306

El verano de 1945 registró la incapacidad de entendimiento y el fracaso de la Conferencia de Potsdam. Ambos hechos, la necesidad de una organización defensiva, tanto para Europa como para América, resultaba tan obvia que, a partir de aquí, la historia de su establecimiento puede reducirse a una mera cronología que, referida a los hechos más salientes, puede establecerse así:

- El 15 de mayo de 1947, el Congreso americano adopta una ley—«Doctrina Truman»—de ayuda militar a Grecia y Turquía, por valor de 400 millones de dólares.
- El 5 de junio de 1947, el general Marshall, secretario de Estado de los EE. UU., expuso un programa de recuperación europea («Plan Marshall»), que no fué aceptado por la U. R. S. S.
- El «Golpe de Praga», de febrero de 1948, aceleró la acción defensiva de las potencias occidentales e hizo reconsiderar la idea que Mr. Bevin, en 1946, como ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, sugirió de una alianza defensiva dentro del cuadro de las Naciones Unidas.
- El 17 de marzo de 1948, cinco potencias (Bélgica, Francia, Luxemburgo, Países Bajos, Reino Unido) firmaron el *Tratado de Bruselas*, de defensa colectiva y colaboración económica, social y cultural, precursor del *Tratado del Atlántico Norte*.
- El bloqueo de Berlín y la respuesta del «puente aéreo» fueron puntos decisivos de la política occidental y tuvieron el efecto de acelerar la organización de la defensa occidental.
- El 30 de abril de 1948 fué creado, en el cuadro del *Tratado de Bruselas*, un organismo militar denominado *Organización de Defensa de la Unión Occidental*.
- El 11 de junio de 1948 el Congreso americano adoptó la «Resolución

ANTECEDENTES POLÍTICO-ESTRATÉGICOS DEL ATLÁNTICO NORTE

- Vandenberg», que permitía a los EE. UU. participar en un pacto defensivo en tiempo de paz.
- El 6 de julio de 1948 se celebraron reuniones en Washington entre las cinco potencias signatarias del *Pacto de Bruselas*, los EE. UU. y el Canadá, con vistas a concluir un tratado de defensa dentro del cuadro de las Naciones Unidas.
 - El 4 de abril de 1949 se firmó en Washington el *Tratado del Atlántico Norte* por doce países: Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido y Estados Unidos.
 - Finalmente, el 18 de febrero de 1952, Grecia y Turquía ingresaron en el Tratado y el 9 de enero de 1955 lo hizo la República Federal Alemana.

He aquí, pues, escuetamente referida, la historia de la constitución del *Tratado del Atlántico Norte*, uno de los poderosos diques de contención que el Occidente opone a la invasión de Rusia. Esa Rusia de hoy, más poderosa que nunca. Esa Rusia de siempre, reflejada en el poema de Elías Ehrenburg.

“Rusia es una esfinge, ríe y solloza
toda manchada de sangre negra.
Ella te mira, mundo viejo,
llena de odio y de amor”.

FRANCISCO SINTES OBRADOR

Tte. Coronel de Estado Mayor

